

# La memoria, la honestidad y el sentido común

MILA GARCÍA DE LA TORRE

Es indigno que intereses partidarios torticeros pretendan ubicar a las víctimas en bandos. No ha habido bandos, muchas víctimas de abusos policiales en la transición fueron víctimas de ETA: López de Lacalle, José Ramón Recalde, Ernest Lluch

**L**a memoria. Todo nos dice que es el tiempo de la memoria, de recoger los testimonios de los que sufrieron la violencia terrorista, de narrar cómo se han vulnerado los derechos humanos de manera sistemática por una banda terrorista que hizo del asesinato, la extorsión y el amedrentamiento su seña de identidad y la esencia de su existencia. Es necesario recordar todos y cada uno de los atentados y las ocasiones en que las víctimas fueron silenciadas, olvidadas, ignoradas o despreciadas. Y para ello no hay más que recoger sus testimonios, buscar en las hemerotecas, consultar las sentencias o releer informes, investigaciones o publicaciones como el magnífico libro titulado 'Vidas Rotas'.

Es importante que esta labor se haga ahora, cuando todavía está fresca la memoria de muchas de las víctimas y de toda la sociedad. Están demasiado cercanos el horror, la angustia y la sensación de desamparo como para no poder referir con absoluta fidelidad lo que ha significado en nuestras vidas la maldición del terrorismo.

Y es necesario, además, que esto se haga de una manera sistemática, rigurosa y, sobre todo, con honestidad. El objetivo de esta memoria no es otro que el de deslegitimar la razón por la que las víctimas lo fueron, esa intención fanática de doblegar a toda la sociedad, de acabar con la democracia, de imponer un proyecto político totalitario y excluyente, una sociedad en la que no habría libertad ni derechos.

**La honestidad.** Por eso, es desasosegante comprobar que los que fueron conniventes con la violencia terrorista, los que justificaron la existencia del horror, o los que necesitan ahora justificar su cobardía pasada, nos sumergen en la ceremonia de la confusión con listados delirantes de supuestas víctimas. Sólo persiguen embarrullar y, de paso, apuntalar en la sociedad vasca la idea de que tuvimos una confrontación armada, que había dos bandos enfrentados, que esto era como Irlanda y que nuestra democracia y la banda terrorista ETA pueden ser comparadas en sus principios y en sus fines.

Y en esta ceremonia de la confusión salen inevitablemente mal paradas las víctimas, las del terrorismo y también todas aquellas víctimas que sufrieron la vulneración de sus derechos a manos de los que deberían haberles defendido. Esas víctimas que ahora están siendo reivindicadas, también con muchos años de retraso, tras haber padecido las actuaciones reaccionarias y fuera de derecho que ejercieron algunos servidores públicos que no aceptaban el cambio político en nuestro país, durante la transición y al comienzo de la etapa democrática y fueron incapaces de adaptarse a las exigencias de aquella nueva democracia. El Estado de derecho se fundamenta en la defensa de los ciudadanos y tiene los mecanismos adecuados para perseguir la vulneración de sus derechos,

con más rigor si cabe cuando los vulneradores son los que deberían garantizarlos. Por lo tanto, denunciar estos delitos significa deslegitimar el uso indebido de la violencia legítima que ostenta el Estado de derecho, y recordar a las víctimas que han sufrido este abuso es también un deber de memoria que debemos desarrollar, con el mismo fin deslegitimador y también con la misma honestidad con la que recordemos a las víctimas del terrorismo.

Precisamente por ese deber de honestidad es indigno que intereses partidarios torticeros pretendan crear una equiparación entre todas estas víctimas reales y las quieran ubicar en un bando o en el opuesto. No ha habido bandos, seguramente muchas víctimas de los abusos policiales durante la transición también fueron víctimas de ETA en la democracia. Y no hay más que recordar

a López de Lacalle, José Ramón Recalde o Ernest Lluch, por citar a tres personas que padecieron el franquismo y sus últimos zarrazos y que sufrieron también la violencia de ETA.



:: JOSÉ IBARROLA

**El sentido común.** El hecho de que hubo víctimas del terrorismo y de los abusos policiales que se dieron simultáneamente en el tiempo no significa que unas fueron la consecuencia de las otras. Que la transición tuviera estos episodios de indignidad no fue por la existencia de ETA, porque estos elementos reaccionarios atentaron contra la nueva sociedad que exigía democracia. Y la existencia de ETA no se explica como respuesta a aquellas

vulneraciones, porque siguió atentando durante toda la historia de nuestra democracia, cuando aquellas prácticas reaccionarias ya habían desaparecido.

Es difícil que aquellas formaciones políticas y aquellos grupos sociales que intentan crear esta ceremonia de la confusión desistan de su empeño. En realidad, no podemos esperar de ellos ahora la honestidad que no han tenido en el pasado. Pero los ciudadanos y ciudadanas de este país debemos hacer un ejercicio de sentido común, de no recurrir a la frase fácil de «los unos contra los otros», porque así es como se construye un relato perverso en el que aportamos a la sociedad y especialmente a los más jóvenes la idea de que cada acto violento ha tenido una causa, una justificación. Es fundamental después de todo lo que hemos pasado que en el futuro no quede abierta la posibilidad de relativizar con impunidad el uso de la violencia, con cualquier disculpa que justifique su utilización, como desgraciadamente aún sucede entre algunos jóvenes.

Si para algo ha de servirnos la memoria, desde la honestidad y el sentido común, es para que no se repita el pasado, para erradicar la intolerancia y la maldad, para construir una sociedad en libertad y con derechos. Si no es así, la memoria, deshonesta e insensata, será un elemento emponzoñado, una herramienta para perpetuar esa violencia y esa maldad.